Nosotros H

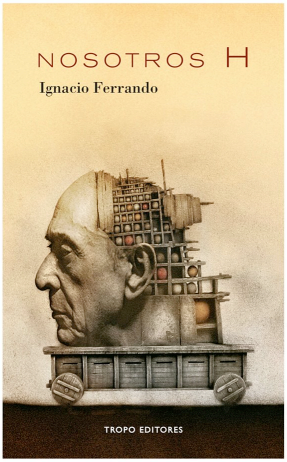
Ignacio Ferrando

escuela de escritores

TROPO EDITORES

Tropo Editores

Colección Voces



Los protagonistas de *Nosotros H* son un grupo de individuos que responden al mismo nombre. Todos se llaman Hoffmann. Viven en un cuartel, en un desierto, aislados voluntariamente del mundo exterior. Sus días pasan rutinarios, en una cotidianidad casi monacal. Su misión es la de manipular información, la de crearla a partir de otra información, de estadísticas y gráficas, sin cuestionarse su origen o su veracidad. Un día, sin embargo, este equilibrio es roto por una inesperada noticia. Varios de ellos reciben el encargo de contrastar una información: la existencia (o no) de Arnold Schönberg. Esto obliga al grupo a un peregrinaje por el mundo exterior. Los Hoffman irán siendo exterminados por la materia, por las tormentas, por el sexo, por la necesidad de salvar a otros.

El autor: Ignacio Ferrando (Asturias, 1972)

Ignacio Ferrando es escritor y jefe de estudios del Máster de Narrativa Escuela de Escritores, donde además imparte semanalmente talleres de novela, relato y lectura crítica.

Es autor de las novelas *Nosotros H* (Tropo, 2015), *La oscuridad* (Menoscuarto, 2014) y *Un centímetro de mar*, (Alberdania, 2011) que obtuvo el Premio Ojo Crítico de RNE y el Premio Ciudad de Irún. También ha publicado los libros de relatos: *La piel de los extraños* (Menoscuarto, 2012; Premio Setenil 2013), *Sicilia, invierno* (JdeJ, 2009) y *Ceremonias de interior* (Castalia, 2006; premio Tiflos 2006).

Su trabajo ha sido reconocido con galardones como el Premio Internacional Juan Rulfo, el premio Gabriel Aresti, el NH Mario Vargas Llosa, el premio de narrativa de la UNED, el Hucha de Oro o el Ciudad de San Sebastián, entre otros. Sus textos han sido incluídos en varias antologías y libros colectivos.

Destacan: *Siglo XXI. Los nuevos nombres del cuento actual* (Menoscuarto, 2010), *Madrid, Nebraska* (Bartleby ediciones, 2014), *Perturbaciones* (Salto de página, 2009) y *Un nudo en la garganta* (Trama editorial, 2009).

Algunos de sus relatos han sido traducidos al inglés y al alemán.

Nosotros H

Ignacio Ferrando

TROPO EDITORES

Hemos cavado una tumba común, pero ya se sabe que de ella saldrán llamaradas.

ALFRED DÖBLIN, *Wadzek contra la turbina de vapor*

SERIE FUNDAMENTAL P

La Sección

Hemos vivido sin aspavientos, corriendo, compitiendo sobradamente, convencidos de que detrás de un hombre feliz siempre había un gran malentendido. Entre Nietzsche y un hombre feliz, pensamos, no hay duda, no hay elección posible. El problema es que nadie recuerda nada. O mejor dicho, todos recordamos lo mismo. En las tardes, al final de la tormenta, nos sorprendemos hablando de la misma pelirroja, del mismo instituto, del mismo Buick azul y del contacto, extremadamente frío, de aquel primer pecho de mujer. Añoramos, de un modo sistemático, el sonido de la cremallera en el vestido de mamá, el brillo del raso aquella noche, las cuentas del collar que caían muy despacio sobre el linóleo del vestidor y rodaban hasta los zapatos embarrados de aquel tipo. «Portaos bien», nos decía, «ahora, portaos bien». Por eso sabemos que no son nuestros (ni esa pelirroja, ni aquella madre a la que llamábamos Mathilde, ni la bofetada de su novio la mañana de Todos los Santos), que esos recuerdos nos fueron implantados en algún momento, que los elegimos para creerlos nuestros a pesar de pertenecer a otros. No importa. Paliamos esta certeza entregados a nuestra especialidad, vivimos de ella (más bien *en ella*), olvidados por ser los mejores, los más metódicos. Así, supeditados a la velocidad

de las cosas, todos vivimos ordenadamente. Todos nos llamamos Hoffmann. Todos somos Hoffmann. Y lo hacemos por esa costumbre casi arbitraria de llamarnos de algún modo, de ser, en definitiva, respetuosos con lo ancestral. Pero lo cierto es que vivimos en el Cuartel, de puertas para dentro. Nadie (nada, exactamente) nos impide salir. Solo nos retiene un grave desinterés por lo exterior.

El Cuartel es una construcción panelada, apilable, que permite añadir nuevos módulos ensamblados a los anteriores. De esa manera, los prefabricados se prolongan unos a otros de un modo casi infinito. Los cerramientos son de chapa, de espuma de poliuretano. Preservan lo peor del verano y lo más crudo del invierno. Siempre hace frío o calor, y los que debieran velar por nosotros llevan siglos desinteresados por paliar las deficiencias. Para ellos somos transitorios, piensan, sobre todo nosotros. Si se cortara el edificio, si se pudiera seccionar como el intestino de una vaca, veríamos un rectángulo de tres plantas, una bajo rasante y las otras dos por encima. Los techos son bajos. Eso nos ha obligado siempre a caminar corvados, más pendientes de las baldosas y las juntas que de lo que pudiera venir de frente. Arriba están los dormitorios. En la planta inferior, los cuartos de las instalaciones, las calderas, el sistema de cadenados. Nunca hemos bajado ahí por el calor. Durante horas escuchamos ese odioso moscardeo que devora los cimientos y trepa por los pilares. Es como si viviéramos sobre un nido de termitas. Ciertas tardes, ese murmullo parece roer las paredes de nuestro mundo, como si fuera un decorado de cartón piedra a punto de desplomarse. «El ancho total de la sección es de treinta metros», dice Hoffmann, «aquí y al final del edificio». En cuanto al largo, ¡quién sabe!, varios kilómetros. Si nos asomáramos a la única ventana del cuarto, podríamos ver la dorsal de hojalata doblándose como la cola de un inmenso dinosaurio,

desdibujada bajo la niebla del páramo. El Cuartel es un edificio infinito, podría decirse, dividido en sectores, que seguirá construyéndose conforme crezca la necesidad de información, es decir, crecerá imparable como demostración de sí mismo.

Somos eficientes.

Hemos contabilizado los módulos, lo que resulta, por otra parte, dicen, imposible. Cuando alguien muere, generalmente por su propia mano, el hueco es ocupado por el Hoffmann inmediatamente contiguo, de tal modo que todos nos desplazamos de nuestra pieza a la siguiente. Del mismo modo, cuando alguien nuevo llega, nos desplazamos en la otra dirección. El nuevo ocupa el primer cuarto, el más cercano a la salida, y nosotros debemos sumar uno al número de nuestros dormitorios. Así, quienes debieran velar por nosotros demuestran que aquí la propiedad no existe, y que los dormitorios, no solo son idénticos, sino perfectamente diferenciables. Es frecuente pasar dos veces por el mismo dormitorio (no somos ajenos a los restos de nosotros que vamos dejando atrás) y eso nos recuerda que las llegadas, cada poco, se equiparan a los suicidios. Y eso nos hace sentir felices, fomenta el espíritu grupal, evidencia que aquí se puede estar bien y que todo depende de la eficiencia con que uno se aplique a su tarea. Porque aquí todos trabajamos, de un modo u otro, con información. De ahí nuestra desmesura por las estadísticas. No somos ajenos al hecho de que la información se ha vuelto un concepto negligente, voluble, casi interpretable. El mundo es cada día menos mundo y más un flujo informativo, es decir, una recirculación de apariencias con forma de verdades. No somos ajenos a nuestra responsabilidad en ello. Me llamo Hoffmann (como todos, claro) y eso puede provocar el espejismo de que hablo en nombre del grupo, aunque realmente no lo haga ni lo pretenda. No es cierto, por tanto, que la realidad no exista, que todo ahí afuera sea

oscuridad, un montaje de ceniza inacabable e infinito. «Es solo que lo newtoniano-físico», dice Hoffmann, «está pasando a un discreto segundo plano». La materia no es actualizable. La información sí. Muy al contrario, necesita ser renovada para ser fértil. Y urgente. Siempre debe ser urgente y noticiable. Es paradójico que un solo hombre haya visto la verdad y los demás la contemos suponiéndola veraz, contrastada, agregándole los detalles que creemos probados. Nosotros representamos la objetividad, la libramos de sus deficiencias, de sus plagas, del punto de vista, de los intereses creados y, en definitiva, del individuo y sus perniciosas propensiones naturales. Así que a eso nos dedicamos aquí, a contrastar, podría decirse, simplificando. Se debe entender que nuestro trabajo es crucial y altruista, y por tanto, debe permanecer al margen de la infamia. Debe ser defendido. Lo demostraré aquí, hoy, en este Departamento Central, hablaré ante vosotros de la imposibilidad de existir al margen de la identidad, es decir, de nuestro mayor empeño y nuestro más elocuente fracaso.

Por los pasillos del Cuartel, siempre, a cada hora, suena una música de Schönberg granulada, como venida de una vieja gramola. Escuchamos las canciones de Brettl al alba, mientras nos vestimos y aseamos y hacemos los ejercicios respiratorios, la *suite* opus 25 al desayuno, mientras esperamos en la cola (discernible apenas entre el barullo de las bandejas y las perolas de aluminio). Si llueve, de lo que somos conscientes por el sordo golpeteo en el tejado de cinc, preferimos la letanía del *Das Buch der Hängenden Gärten*, luctuosa, casi tétrica, como si entre todos acompañáramos un cortejo fúnebre que nos fuera depositando, uno a uno, en nuestros respectivos lugares de trabajo. En definitiva, hemos aprendido a odiar a Schönberg. Y no hay un odio más puro ni